

## La aventura de ser razonables hoy

Jaime Nubiola<sup>1</sup>  
[jnubiola@unav.es](mailto:jnubiola@unav.es)

Como anunció Husserl con énfasis en las palabras finales de su famosa conferencia de Viena el 10 de mayo de 1935, "la crisis de la existencia europea sólo tiene dos salidas: la decadencia de Europa, alienada de su propio sentido racional de la vida, la caída en el odio del espíritu y la barbarie, o el renacimiento de Europa desde el espíritu de la filosofía mediante un *heroísmo de la razón* que supere definitivamente el naturalismo"<sup>2</sup>. Han pasado 75 años desde aquellas memorables palabras. Europa atravesó la penosa experiencia de una terrible nueva guerra mundial y el horror del Holocausto. Sin embargo, son bastantes los elementos que llevan a pensar que la avanzada Europa postmoderna —y con ella también la sociedad española— sigue hoy en aquella peligrosa situación, caracterizada por una radical desconfianza en la razón que puede a medio plazo devolvernos a la barbarie.

Con mis palabras de esta noche querría, 1) describir brevemente esta situación; 2) esbozar una noción más abierta de racionalidad en términos de *razonabilidad*; 3) dar cuenta de algunas objeciones planteadas a propósito de la uniformidad de la razón y del pluralismo; y 4) terminar con unas recomendaciones prácticas para ser más razonables hoy.

### 1. Un diagnóstico de la situación actual

Todos advertimos con claridad que nos encontramos en una sociedad que vive en una amalgama imposible de un supuesto fundamentalismo cientista acerca de los hechos y de un escepticismo generalizado acerca de los valores. Nuestra sociedad vive una extraña mezcla de una ingenua confianza en la Ciencia con mayúscula y de aquel relativismo perspectivista que expresó tan bien nuestro poeta Campoamor con su "nada hay verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira"<sup>3</sup>.

En nuestra cultura hay una escisión total entre el ámbito de la ciencia (el campo de los datos y los juicios de hecho: "lo que dice la Ciencia") y el de las opiniones (los juicios de valor, sobre todo, las opiniones morales), que hunde sus raíces en los dogmatismos del Círculo de Viena. Como ha argumentado convincentemente Hilary Putnam en su libro *The Collapse of the Fact-Value Dichotomy*, "la dicotomía hecho/valor no es, en el fondo, una

---

<sup>1</sup> Agradezco la invitación de Sara Gallardo para impartir esta sesión en el XIII Curso de Antropología filosófica de la Fundación Universitaria Española que llevaba por título general "La devaluación de la razón". Agradezco la ayuda de Gloria Balderas, Adriana Gallego, María Rosa Espot, Jorge Lavandero, José de León, José Machado, Ainhoa Marin, José Antonio Palacios y Martha Estela Torres en la revisión del texto. Para la presente publicación impresa me ha parecido preferible mantener el estilo oral de mi presentación.

<sup>2</sup> E. Husserl, "La crisis de la humanidad europea y la filosofía", en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Una introducción a la filosofía fenomenológica*, Crítica, Barcelona, 1991, p. 358.

<sup>3</sup> R. Campoamor, *Obras poéticas completas*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 148.

*distinción*, sino una *tesis*, a saber, la tesis de que la ética no trata de 'cuestiones de hecho'<sup>4</sup>. Si la ética no trata de cuestiones fácticas, esto es, de cuestiones decidibles científicamente, todas las opiniones éticas vendrían a ser igualmente aceptables en una sociedad democrática, pues se trataría simplemente de la expresión de las diversas opciones del pluralismo legítimo de la sociedad. Para ilustrar esto basta con hojear cualquier periódico de nuestro país o comprobar cómo sigue repitiéndose a los alumnos de periodismo que han de distinguir entre información y opinión, entre hechos y valoraciones, o escuchar a los políticos que aseguran que las opiniones son libres o que todas merecen el mismo respeto (¡esto es, en última instancia, ninguno!).

Muy a menudo los valores (lo bueno y lo malo, lo que hay que hacer o hay que evitar) parece ser a fin de cuentas lo que decidan los gobernantes de turno más o menos atentos a sus compromisos ideológicos o quizás a la sensibilidad de su electorado. Basta pensar en las campañas públicas contra el tabaco, la velocidad en las carreteras, la llamada "violencia de género", mientras que no he visto yo ninguna en favor de la natalidad, la lectura o contra la creciente obesidad que a muchos afecta. Son los representantes elegidos democráticamente — o incluso a veces simplemente los medios de comunicación o las votaciones de la audiencia— quienes deciden acerca de la bondad o malicia de las acciones humanas. Algo se considera bueno o malo simplemente porque ha sido decidido así por un gobierno o un parlamento. Por supuesto, no es políticamente correcto recordar que ya Platón advirtió que el riesgo de la democracia es su degeneración en tiranía o que Hitler accedió al poder en Alemania por caminos formalmente democráticos. En estos días estoy leyendo el fascinante diario del filólogo alemán Victor Klemperer entre 1933 y 1945, *Quiero dar testimonio hasta el final*, que muestra cómo una banda de criminales puede hacerse con el poder en una sociedad avanzada como la Alemania de los años 30 hasta el colmo de toda humana perversión: "Lo monstruoso es que un pueblo europeo se haya puesto a merced de tal banda de psicópatas y de criminales y que aún siga aguantándolos", anota el 14 de julio de 1934 cuando apenas *nada* ha comenzado<sup>5</sup>. Mi buen amigo Jorge Lavandero, me pasaba hace unos días un texto estremecedor del diario de Sandor Marai correspondiente a aquellos años. Es un poco extenso, pero lo leo abreviado porque expresa algo que —me parece a mí— está pasando en cierto modo también ahora:

Los ideales en los que yo había aprendido a creer terminan en el basurero como desechos y trastos inútiles, y el terror instintivo del rebaño planea por encima de los vastos terrenos de la civilización. La sociedad en la que vivo es absolutamente insensible a los asuntos del espíritu e, incluso, a los asuntos relativos al estilo humano e intelectual de la vida cotidiana. (...) El hombre espiritual es un fenómeno único, obligado a refugiarse en las catacumbas, como hacían los monjes escribanos, poseedores del secreto de la Letra Escrita en la Edad Media, en la época de las invasiones bárbaras. (...) Quiero dar fe de una época en la que vivía una generación que deseaba celebrar el triunfo de la razón por encima de los instintos y que creía en la fuerza y en la resistencia de la inteligencia y del espíritu, capaces de detener el avance de las hordas ansiosas de sangre y muerte<sup>6</sup>.

Un reciente estudio sociológico detectaba que en España persisten con claridad los sentimientos de pertenencia a la Iglesia Católica en una amplia mayoría de la población, con un compromiso relativamente profundo por parte de casi un tercio. En contraste, ese estudio

<sup>4</sup> H. Putnam, H., *The Collapse of the Fact/Value Dichotomy and Other Essays*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2002, p. 19.

<sup>5</sup> V. Klemperer, *Quiero dar testimonio hasta el final*, Galaxia Gutenberg / Circulo de Lectores, Barcelona, 2003, p. 125.

<sup>6</sup> S. Marai, *Confesiones de un burgués*, Salamandra, Madrid, 2004, p. [XX]

advertía el crecimiento de otros grupos religiosos (sobre todo, a través del aumento de la inmigración), "los manejos de un adversario secularista que parece a veces bastante beligerante", pero sobre todo —a juicio de Víctor Pérez-Díaz<sup>7</sup>— lo más inquietante es la impresión global de que

la población en su conjunto parece un tanto a la deriva. Los rasgos de su conducta —tales como la disparidad entre sus sentimientos religiosos y sus prácticas relativas a la vida familiar, el sexo y la política— sugieren un grado muy modesto de coherencia personal. Esto a su vez parece encajar con una pauta generalizada, entre gentes tanto religiosas como menos religiosas, de *creencias borrosas*, incluyendo una cierta inclinación hacia el pensamiento mágico y sus manifestaciones cotidianas.

Se trata de un lúcido análisis que ustedes contemplan hecho realidad todos los días. No es sólo que la corrupción —más o menos generalizada— de la clase política intoxique a la sociedad, sino que el relativismo moral —y a menudo su beligerancia religiosa— incapacita a los gobernantes para crear una moral laica suficientemente autónoma capaz de ordenar razonablemente la vida de los ciudadanos. No me resulta fácil decirlo con palabras más sencillas: la pretensión de una ética ciudadana, una ética civil o una moral pública, al margen de cualquier concepción religiosa, no es más —a mi juicio— que una pretensión.

El hundimiento del "universo cristiano", la desaparición de aquel consenso institucional que era la base de la sociedad europea del siglo XIX, es un fenómeno detectado por la mayor parte de quienes analizan la situación actual. Seguro que les impresionaron —como a mí— las palabras de Benedicto XVI en Westminster Hall y los rostros atentos de quienes le escuchaban<sup>8</sup>:

Si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por algo más sólido que el mero consenso social, entonces este proceso se presenta evidentemente frágil. Aquí reside el verdadero desafío para la democracia. (...) ¿Dónde se encuentra la fundamentación ética de las deliberaciones políticas? La tradición católica mantiene que las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón, prescindiendo del contenido de la revelación. En este sentido, el papel de la religión en el debate político no es tanto proporcionar dichas normas, como si no pudieran conocerlas los no creyentes. Menos aún proponer soluciones políticas concretas, algo que está totalmente fuera de la competencia de la religión. Su papel consiste más bien en ayudar a purificar e iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos.

Hablar de principios morales objetivos accesibles a la razón puede parecer audaz, pero de ahí pende la *salvación* de nuestro mundo contemporáneo. Si no admitimos que en las cuestiones éticas y sociales es posible encontrar verdades objetivas estamos abdicando de nuestra condición humana.

## 2. Racionalidad y razonabilidad

Hablar de la búsqueda de la verdad moral —tal como se hace en el ámbito científico— podría parecer fuera de lugar, pero es la manera que tenemos los seres humanos para progresar en el conocimiento de las cosas. La diferencia entre ciencia, filosofía y sentido

<sup>7</sup> V. Pérez Díaz, "La religión española en un cruce de caminos", *Monitoreo Religioso 2008 España. Panorama de actitudes y prácticas religiosas*, Bertelsmann, Gütersloh, 2008, p. 43.

<sup>8</sup> Benedicto XVI, "Discurso en Westminster Hall", 17 de septiembre de 2010.

común estriba, sobre todo, en su refinamiento, en los distintos datos de experiencia en que se apoyan, pero no son formas de conocer básicamente diferentes. Precisamente, la intuición central de John Dewey —uno de los grandes pragmatistas— es que las cuestiones éticas y sociales no han de quedar sustraídas a la razón humana para ser transferidas a instancias religiosas o a autoridades políticas o de cualquier otro tipo. La aplicación de la inteligencia a los problemas morales es en sí misma una obligación moral<sup>9</sup>. La misma razón humana que con tanto éxito se ha aplicado a las más diversas ramas científicas se ha de aplicar también a arrojar luz sobre los problemas morales y sobre la mejor manera de organizar la convivencia social.

La desarticulación de pensamiento y vida ha sido una cuestión que ha desgarrado la filosofía de los dos últimos siglos y que conmueve también a la cultura contemporánea. En este sentido, el eje central de las enseñanzas de Benedicto XVI —su ariete intelectual en el panorama a veces desolador de la cultura actual— se encuentra en su reiterada afirmación de que es preciso ensanchar la razón humana moderna —la razón científica— para que en ella quepan el corazón, los sentimientos, la belleza y la bondad, "las fuerzas salvadoras de la fe, el discernimiento entre el bien y el mal"; para que en la razón puedan encontrar cabida aquellos elementos más humanos que fueron desechados por el materialismo científico ilustrado de los dos últimos siglos. Este es el núcleo de su famoso discurso en Ratisbona<sup>10</sup>:

Este intento de *crítica de la razón moderna desde su interior*, expuesto sólo a grandes rasgos, no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna. [...] La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino *ampliar nuestro concepto de razón y de su uso*. [...] *Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud.*

No son muchos quienes se dan cuenta de que la cultura occidental está dominada por un naturalismo reduccionista que, so capa de una actitud científica, pretende eliminar de nuestras vidas sus elementos más genuinamente humanos. Esto se advierte con claridad cuando se sostiene, por ejemplo, que las máquinas —desde la simple calculadora hasta el GHC (*Great Hadron Collider* del CERN, la llamada "máquina de Dios")— son la cumbre de la racionalidad. Cuando se afirma eso, la razón está realmente en peligro. Como me decía mi colega Ruth Breeze de su niño de cuatro años: "mi hijo Charlie es muy racional, pero no es todavía razonable". Lo mismo puede decirse de todas esas máquinas: aunque en ellas se haya acumulado el esfuerzo intelectual de muchas generaciones de científicos, nunca podrán decirnos realmente qué sea lo más razonable hacer en una situación determinada. A mí me gusta contrastar —siguiendo a Charles S. Peirce y a otros filósofos y científicos, por ejemplo, Stephen Toulmin<sup>11</sup>— la *racionalidad* con la *razonabilidad*, lo racional y lo razonable. No tengo inconveniente en decir que nuestras máquinas son inteligentes e incluso racionales, con tal de que nos reservemos para nosotros el ser *razonables*.

"La experiencia de la vida me ha enseñado —escribió Charles Peirce en 1900— que la única cosa que es realmente deseable sin una razón para serlo, es hacer razonables las ideas y

<sup>9</sup> Cf. H. Putnam, "Dewey's Central Insight", en L. A. Hickman y G. Spadafora, eds., *John Dewey's Educational Philosophy in International Perspective*, Southern Illinois University Press, Carbondale, IL, 2009, p. 12.

<sup>10</sup> Benedicto XVI, "Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones", Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre 2006, (las cursivas son mías). Cf. *Spe salvi*, n. 23.

<sup>11</sup> Cf. S. Toulmin, *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*, Península, Barcelona, 2001, "Lo racional y lo razonable", pp. 275-279.

las cosas. Realmente no se puede exigir una razón para la razonabilidad misma". A estas alturas del siglo XXI nos encontramos con una razón humana en peligro, asaltada por el cientismo que la reduce a una racionalidad mecánica y algorítmica en última instancia inhumana, y por el relativismo cultural que reduce la razón a meras prácticas comunicativas locales. Se trata de dos concepciones científicas de la razón, la una basada en la matemática y la física, la otra en la antropología cultural. En mis escritos intento esbozar siempre —siguiendo el ejemplo de Hilary Putnam<sup>12</sup>— un camino intermedio en el que a la experiencia de nuestra falibilidad esté aunada una confianza en la capacidad de la razón, sobre todo cuando se alimenta de la experiencia y del diálogo cordial con los demás.

La tradición filosófica pragmatista aporta la convicción de que el modelo racionalista es una manera equivocada de entender la propia actividad investigadora. No es la ciencia un proceso de búsqueda de fundamentos, sino más bien de resolución razonable de problemas con los datos y teorías disponibles en cada momento. Con una imagen del propio Peirce, podemos decir que en nuestra actividad investigadora nos encontramos andando sobre un barrizal, en el que caeremos si en lugar de seguir hacia delante nos detenemos en busca de un asidero firme e inmovible (*CP* 5.589, 1898). Que esto sea así no significa que no haya progreso: la búsqueda de la verdad es enriquecedora, porque la verdad es perfeccionamiento. No hay un camino único, un acceso privilegiado a la verdad: la razón de cada uno es camino de la verdad, pero las razones de los demás sugieren y apuntan otros caminos que enriquecen y amplían nuestra comprensión. Quizá por eso me gusta repetir que la verdad no es fruto del consenso, sino que más bien es el consenso el fruto de la verdad. Como ha afirmado sugestivamente la filósofa chilena Alejandra Carrasco, "la verdad que se cree no es verdad porque se cree, sino que se cree porque es verdad".

### 3. Razonabilidad, uniformidad y pluralismo

Hablar de la verdad, así sin adjetivos, o decir que quienes nos dedicamos a pensar buscamos la verdad, comienza a ser considerado no sólo una ingenuidad, sino simplemente como algo de mal gusto: "¡Será, en todo caso, la verdad para ti, pero no creerás tú en unas verdades absolutas!". Como acabo de decir al principio de mi intervención, la mayoría de nuestros conciudadanos son fundamentalistas en lo que se refiere a la física, a las ciencias naturales o incluso a la medicina, pero en cambio son del todo relativistas en lo que concierne a muchas cuestiones éticas. Lo peor es que este relativismo ético es presentado a menudo como un prerrequisito indispensable para una convivencia democrática, sea a nivel local o a escala internacional. Un relativista consecuente piensa que simplemente hay unas prácticas que *ellos* consideran correctas (o racionales), y otras que *nosotros* consideramos correctas, hay cosas que "pasan por verdaderas" entre ellos y otras que son así consideradas entre nosotros, pero ni siquiera tiene sentido la discusión, la confrontación entre prácticas divergentes, pues no hay criterios para poder decidir qué conductas son mejores que otras<sup>13</sup>.

Aunque sea cómodo para quien tiene el poder mantener una separación así entre ciencia y valores, tengo para mí que una escisión tan grande entre lo fáctico y lo normativo resulta a la postre insoportable. A mi entender, los seres humanos anhelamos una razonable integración de las diversas facetas de las cosas; la contradicción flagrante desquicia nuestra razón, hace saltar las bisagras de nuestros razonamientos y bloquea a la postre el diálogo y la

<sup>12</sup> Cf. H. Putnam, *Razón, verdad e historia*, Madrid, Tecnos, 1988, p. 131.

<sup>13</sup> Cf. E. Craig, "Relativism", *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, 8, pp. 189-190.

comunicación. Del hecho de que las personas o los pueblos tengan opiniones diferentes sobre una materia no puede inferirse que no haya verdad alguna sobre dicha materia.

La defensa del pluralismo no implica una renuncia a la verdad o su subordinación a un perspectivismo culturalista. Al contrario, el pluralismo estriba no sólo en afirmar que hay diversas maneras de pensar acerca de las cosas, sino además en sostener que entre ellas hay —en expresión de Stanley Cavell— *maneras mejores y peores*, y que mediante el contraste con la experiencia y el diálogo racional los seres humanos somos capaces de reconocer la superioridad de un parecer sobre otro. Nuestras teorías, como los artefactos que fabricamos, son contruidos por nosotros, pero ello no significa que sean arbitrarias o que no puedan ser mejores o peores. Al contrario, el que nuestras teorías sean creaciones humanas significa que pueden —¡deben!— ser reemplazadas, corregidas y mejoradas conforme descubramos versiones mejores o más refinadas<sup>14</sup>.

Cuando preparaba esta conferencia hace unas semanas, tropecé con un libro de uno de los filósofos ateos de moda, Michel Onfray, que en su texto para adolescentes *Antimanual de filosofía* tiene un capítulo titulado "¿Por qué habríamos de ser razonables?". En esa sección Onfray da cuenta de cómo los adultos emplean habitualmente la expresión "ser razonables" como un medio para reprender o criticar los comportamientos que, a sus ojos, resultan inmaduros, infantiles o retrasados:

Cualquiera que os reproche no ser razonable cree tener razón. Y por ese parecer se permite ordenar, juzgar y dar su opinión. Porque el uso de la razón es un verdadero desafío social, una lógica de guerra evidente en el combate por ser adulto (...) Muchas veces recompensamos a alguien con un "tienes razón" cuando simplemente piensa como nosotros y manifiesta una opinión exactamente conforme a la nuestra. De ahí procede la idea de que, siendo razonables, exponemos una proposición imposible de censurar, que damos muestras de un juicio sano y normal —en una palabra, que no somos poco razonables. No se puede ofrecer mejor perspectiva de esta expresión y sus supuestos: un individuo normalmente constituido utiliza su razón como todo el mundo para poner sus opiniones en conformidad con las de la mayoría<sup>15</sup>.

Por supuesto, nada más contrario a mi defensa de la razonabilidad que esta manera de presentarla como el recurso uniformador de los adultos o de la mayoría para excluir los comportamientos anómalos o las opiniones que disienten. Aquellos que dicen "seamos razonables" para excluir el disenso torpedean la noción misma de razonabilidad en su línea de flotación. La razón humana está encarnada en la experiencia y como nuestra experiencia vital es tan diferente, nuestra razonabilidad es también plural.

Los seres humanos pensamos distinto sobre muchas cosas y eso es profundamente enriquecedor. La pluralidad de opiniones no es consecuencia de la limitación de la razón, sino que más bien es una consecuencia lógica de nuestra libertad personal y de que ninguna experiencia humana, por rica que sea, es capaz de agotar la realidad. No sólo perciben la realidad de manera distinta las sucesivas generaciones, sino que incluso cada uno a lo largo de su vida va evolucionando en sus opiniones, gustos y aficiones. Además, quienes viven en áreas geográficas distintas y en el seno de tradiciones culturales diversas acumulan unas experiencias vitales sensiblemente diferentes, como comprobamos a diario nada más salir a la calle en estos años de acogida de inmigrantes. Los seres humanos somos distintos y eso es un tesoro para todos.

<sup>14</sup> Cf. H. Putnam, *Las mil caras del realismo*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 149.

<sup>15</sup> M. Onfray, *Antimanual de filosofía. Lecciones socráticas y alternativas*, Edaf, Madrid, 2005, p. 272.

Quienes defendemos el pluralismo pensamos que esa pluralidad es enriquecedora, es valiosa, es algo de lo que podemos y debemos disfrutar. Mi gran amigo Jorge V. Arregui escribía en el prólogo de su libro *La pluralidad de la razón*, pocos meses antes de morir:

A lo largo de estos años y a través de vicisitudes múltiples, se ha ido perfilando lentamente [en mí] una convicción nuclear: la razón es plural y lo es en todos sus niveles. No sólo porque además de una razón teórica hay una razón práctica, una razón política, una estética, etc., que no pueden ser entendidas como aplicaciones de esa razón teórica, sino, sobre todo, porque la razón se vuelve a pluralizar en cada una de esas dimensiones. No hay un *logos*, sino muchos *logoi*. Hasta el punto de que resulta mucho más ajustado a la experiencia entender la racionalidad en términos de un parecido de familia entre las muy diversas cosas que llamamos 'racionales' o 'razonables'<sup>16</sup>.

Imaginemos por un momento que mañana por la mañana al levantarnos comprobáramos con estupor que todos estábamos de acuerdo en todo. La sorpresa sería enorme al advertir que los grandes debates nacionales que agitan la convivencia social se habían apagado, los políticos habían enmudecido —o repetían todos lo mismo— y las discusiones y la crispación habían desaparecido por completo. La primera impresión sería de un gran alivio por haber alcanzado por fin el anhelado sosiego y la definitiva concordia social, pero en cuanto comprobásemos que el acuerdo era tan total que coincidíamos con todos nuestros familiares, colegas y amigos hasta en nuestras preferencias sobre fútbol, música, comidas, programas de televisión y todo lo demás, un terrible aburrimiento se abatiría sobre nosotros dejándonos completamente bloqueados. En esa gris uniformidad de pesadilla habríamos dejado de ser humanos porque lo que realmente queremos los seres humanos no es el acuerdo o el consenso, sino la verdad. Nos gusta aprender y, en particular, aprender de los demás. Como pone el poeta Salinas en boca del labriego castellano: "Todo lo sabemos entre todos".

Disfrutar del pluralismo implica gozar de una concepción solidaria y multilateral del conocimiento humano. Defender la pluralidad de la razón no significa afirmar que *todas* las opiniones sean verdaderas —lo que además resultaría contradictorio—, sino más bien que ningún parecer agota toda la realidad, esto es, que una aproximación multilateral a un problema o a una cuestión es mucho más rica que una limitada perspectiva individual. Las diversas descripciones que se ofrecen de las cosas, las diferentes soluciones que se proponen para un problema, reflejan de ordinario diferentes puntos de vista. No hay una única descripción verdadera, sino que las diferentes descripciones presentan aspectos parciales, que incluso a veces pueden ser complementarios, aunque a primera vista quizá pudieran parecer incompatibles. No todas las opiniones son igualmente verdaderas, pero si han sido formuladas seriamente, en todas ellas hay algo de lo que podemos aprender.

#### 4. Para ser más razonables

Comenzaba mi conferencia citando a Husserl y su famosa contraposición entre el odio al espíritu típico de los bárbaros y el renacimiento de Europa mediante un heroísmo de la razón que supere el naturalismo dominante. Por supuesto, no soy Husserl y no tengo tampoco particulares dotes adivinatorias acerca del curso futuro de la historia europea. No sé por dónde van a ir finalmente las cosas, pero sí —me parece a mí— estoy en condiciones de sugerirles

---

<sup>16</sup> J. V. Arregui, *La pluralidad de la razón*, Síntesis, Madrid, 2004, pp. 10-11.

algunas pistas para que cada uno pueda intentar al menos que su vida sea un poco más razonable y, por tanto, si no más feliz, sí más plena y más genuinamente humana.

Voy a enumerarlas brevemente, pues quizás en el coloquio haya espacio para entrar en más detalles. No se trata de recetas —que no funcionarían—, sino más bien de recomendaciones vitales que podría cada uno adaptar a su estilo y a su aire en esa formidable aventura personal de ser razonable hoy.

1) La primera es *no parar de pensar* y también hacer pensar a los demás, invitarles a pensar. No conformarse con lo que uno ya sabe. La primera regla de la razón —insistió Charles S. Peirce una y otra vez— es "el deseo de aprender" (*CP* 1.135, c.1889); y en otro lugar escribía, "la vida de la ciencia está en el deseo de aprender" (*CP* 1.235, c.1902). Ponerse a pensar entraña riesgos, pues el genuino deseo de aprender implica el no darse por satisfecho con lo que uno tiende ya naturalmente a pensar, sea por tradición, hábito o costumbre: lo que se ha hecho siempre, lo que me han dicho, lo que parece ser de "sentido común". Para seguir pensando es preciso cultivar decididamente las inquietudes personales, no bloquear la creatividad, no cegar la propia actividad intelectual. Como me decía el profesor Leonardo Polo: "siempre se puede pensar más".

Viene ahora a mi memoria la fuerza con la que la profesora Mary Ann Glendon afirmaba en un acto académico en mi universidad que debíamos ser capaces de dar razón de las posiciones morales que mantenemos. Lo mismo les estoy diciendo yo a ustedes: que han de ser capaces de explicar de manera clara y persuasiva a sus colegas y amigos por qué hacen lo que hacen y por qué no hacen lo que no hacen. Ya desde Sócrates, una vida intelectual es una vida examinada, esto es, una vida en la que uno puede dar razón de lo que hace. Eso, sin duda, convierte la vida en una tarea un poco más difícil y, por tanto, mucho más apasionante. La cuestión filosófica decisiva es siempre la de *cómo* vivir.

2) La segunda es *aprender a escuchar a los demás* y tratar de aprender de ellos. Vivimos en un entorno muy ruidoso por fuera y con muchas prisas por dentro, que hace difícil que nos prestemos atención unos a otros. Hablamos con voz fuerte, nos movemos rápidamente, decimos a unos y a otros lo que tienen que hacer, pero a menudo somos incapaces de escucharnos y, por tanto, de comprendernos.

Sólo escucha quien está dispuesto a cambiar, quien está dispuesto a rectificar, quien está dispuesto a pedir perdón, a decir "me he equivocado". Al menos, como escribió la Madre Teresa de Calcuta, "estar con alguien, escucharle sin mirar el reloj y sin esperar resultados nos enseña algo sobre el amor". Efectivamente, para poder escuchar es preciso no mirar el reloj, no tener prisa por dentro, tener paciencia. "La paciencia —escribió lúcidamente Von Balthasar— es el amor que se hace tiempo".

Aprender a escuchar es, por tanto, aprender a tener paciencia, a dejarse llenar por lo que dice la otra persona, sin distraernos con lo que le vamos a contestar. Pero además, si pensamos que cada persona singular tiene valor por sí misma, es natural reconocerla —aunque eso cueste bastante en la práctica— como una autoridad acerca de su propio punto de vista o al menos como un insustituible testigo presencial de su experiencia personal. De todos podemos aprender. La filosofía analítica ha puesto en boga el "*principle of charity*" de Donald Davidson que lleva a maximizar el acuerdo con nuestros interlocutores, a interpretar benignamente sus posiciones en lugar de distorsionarlas caricaturescamente como tantas veces hacen nuestros políticos —o cada uno de nosotros— en sus confrontaciones habituales.



3) La tercera es *leer mucho* y no necesariamente los periódicos en papel o en internet. El presidente Thomas Jefferson decía festivamente que no leía los periódicos para estar bien informado: yo a veces pienso eso mismo.

Me gusta recordar tres consejos que da el pensador estadounidense Ralph Waldo Emerson sobre las lecturas: "Las tres reglas prácticas que tengo para ofrecer son: 1) Nunca leas un libro que no haya aparecido hace al menos un año. 2) Nunca leas libros que no gocen de crédito. 3) Nunca leas más que lo que te apetezca". El más importante es, por supuesto, este tercer consejo, pero también tiene importancia el primero que lleva a rechazar decididamente las novedades, los premios literarios, los libros y autores jaleados en la prensa, que son de ordinario tan penosos como los programas con más audiencia de nuestras televisiones. Sólo por excepción un premio literario ha de merecer nuestra atención: primero tenemos que leer muchísimos otros libros de calidad acreditada por el tiempo. ¿Por qué pensar que el vino joven del 2010 va a ser mejor que uno de gran reserva?

"Leer no es, como pudiera pensarse, una conducta privada, sino una transacción social si —y se trata de un SI en mayúsculas— la literatura es buena"<sup>17</sup>. Si el libro es bueno, —prosigue Walker Percy— aunque se esté leyendo sólo para uno, lo que ahí ocurre es un tipo muy especial de comunicación entre el lector y el escritor: esa comunicación nos descubre que lo más íntimo e inefable de nosotros mismos es parte de la experiencia humana universal. Como explica en *Tierras de penumbra* el estudiante pobre, descubierta robando un libro en *Blackwell's*, "leemos para comprobar que no estamos solos".

Quienes no leen suelen decir que no leen porque no tienen tiempo. Se trata de una respuesta muy razonable y convincente, pero quienes leemos no somos conscientes de que dediquemos mucho tiempo a la lectura, robándolo del sueño, del trabajo o de la atención de los demás. Simplemente el tiempo que los demás pierden con distracciones nosotros lo invertimos en disfrutar leyendo.

4) La cuarta, última y quizá la más importante, recomendación para "ensanchar" nuestra razonabilidad es la de *escribir*. Si quieren ser más razonables en su vida láncese a escribir sobre lo que les preocupa, lo que llevan en el corazón, lo que les pasa y no entienden. Traten de explorar las razones en que se apoyan sus opiniones morales, sociales o de cualquier otro tipo. "Hay sólo un único medio —escribirá Rilke al joven poeta—. Entre en usted. (...) Excave en sí mismo, en busca de una respuesta profunda"<sup>18</sup>. El cultivo del pensar alcanza su mejor expresión en la escritura. Poner por escrito lo que pensamos nos ayuda a reflexionar y a comprometernos con lo que decimos: "Escribir —dejó anotado Wittgenstein con una metáfora de ingeniero— es la manera efectiva de poner el vagón derecho sobre los raíles"<sup>19</sup>.

Escribir bien es lo más difícil que hay, pero no se trata de escribir para ganar premios literarios, sino que más bien se trata —en expresión de Julián Marías— de "escribir para pensar"<sup>20</sup>. Cuando tratamos de dar forma en palabras a nuestras convicciones, el verlas en negro sobre blanco e imaginar que otro las lee —me confiaba un amigo buen escritor— nos obliga casi siempre a replantearnos lo escrito y a buscar otra forma de abordar el problema.

<sup>17</sup> W. Percy, *Signposts in a Strange Land*, Farrar, Straus & Giroux, New York, 1991, p. 358.

<sup>18</sup> R. M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza, Madrid, pp. 24-25.

<sup>19</sup> L. Wittgenstein, *L. Culture and Value*, Blackwell, Oxford, 1980, p. 39.

<sup>20</sup> J. Marías, "Pensar y escribir", *ABC*, 24 diciembre 1998.

Como la escritura es siempre expresión de la propia interioridad, no puede hacerse con prisas, de forma apresurada. Cuando uno se empeña en escribir se transforma en un artista — o al menos en un artesano— porque descubre que el corazón de su razón es su propia imaginación. Y es la imaginación afectuosa la que nos abre a las razones de los demás.

Debo terminar ya y querría hacerlo con una cita de la magnífica novela *Donde el corazón te lleve*, de Susanna Tamaro. En ella recoge aquel sabio refrán de una tribu india: "Antes de juzgar a una persona, camina durante tres lunas con sus mocasines". Todo un programa para ensanchar nuestra razonabilidad vital comenzando por el escuchar a los demás, siguiendo por el pensar, leer, escribir y luego... volver a empezar. Escribir es poner en limpio lo pensado, leer —como escuchar— es comprender lo pensado por otros. Lo único realmente importante es no parar de pensar, porque los seres humanos siempre podemos pensar más y eso nos hace cada vez más humanos, cada vez mejores.